

La idea de «nous» en Anaxágoras

Anaxágoras de Clazomenes nace en el año 500 y muere en el 428 a.C., según el testimonio de Apolodoro. Escribió un solo libro titulado *Περὶ φύσεως*, *Sobre la naturaleza*, del que se conservan unos pocos fragmentos, que todos juntos suman unas mil palabras. El libro escrito en un estilo ajustado y solemne no debió ser muy extenso, pues según cuenta Platón en la *Apología*, todavía se podía comprar en su tiempo por un dracma.

Los fragmentos conservados nos dan una idea del contenido del libro: cosmogénesis, intelecto, seres vivos, algunas cuestiones de metereología y de astronomía, percepción sensible, etc.

Hay que notar que existe hasta la fecha un gran desacuerdo en la interpretación del pensamiento anaxagórico, debido sin duda, a la desconexión doctrinal de los fragmentos conservados. Por otra parte, tampoco hay coincidencia en las interpretaciones de los doxógrafos y comentaristas de la antigüedad cercanos al autor, por lo que algunos aspectos de su doctrina (y no de los menos importantes) permanecen ambiguos, lo que ha dado pie a interminables discusiones y controversias que aún continúan.

El presente ensayo quiere limitarse a un punto concreto de su sistema: el *νοῦς* que traduciremos por *intelecto*, por ser éste el término que mejor expresa su naturaleza. Sin embargo, como quiera que el *nous* es de uso constante en otros campos, a ellos tendremos necesariamente que referirnos, pero siempre de manera secundaria.

El «nous», causa del movimiento.

El *nous* o *intelecto* que Anaxágoras introduce en su sistema físico, no es un ser personal, aunque algunos comentaristas así lo hayan querido ver. Es un principio de orden intelectual, pero de índole física, del que echa mano para explicar racionalmente la formación del universo. Sus elementos constitutivos no son de distinta naturaleza que los de los demás seres, sino que el *nous* es una cosa más, si bien es «*la más sutil de todas las cosas y la más pura*»¹.

El *intelecto* siempre permanece aislado, es decir, separado de las demás cosas, porque si «*las cosas estuvieran mezcladas con él le impedirían regir nada, tal como sucede ahora que está sólo por sí mismo*»².

Los presocráticos consideran que la materia es inerte y dinámica. Y el movimiento es así mismo considerado como algo extraño a la misma. Pero esta concepción de la inactividad de la materia no es exclusiva de la filosofía griega, sino que constituye una constante en la filosofía occidental hasta Leibniz. Este solo hecho da idea de la dificultad que encontró la especulación filosófica occidental para imaginar que la materia es en sí misma dinámica.

La observación vulgar de los fenómenos de la que parte Anaxágoras le muestra que la mayor parte de los objetos, a excepción de los seres vivos, para ser movidos tienen que serlo por otros. De haber intuido que la materia es fuente de actividad, a buen seguro que Anaxágoras hubiera prescindido del *nous*. La prueba la tenemos en el hecho de que una vez que el *intelecto* proporciona el primer impulso en forma de rotación a la masa primordial, el *nous* vuelve al estado de reposo que había tenido por tiempo infinito.

El *nous* no es creador. Tanto sus elementos como los de todas las cosas son eternos e indestructibles. «*Nada se engendra ni se destruye, sino que se produce por mezcla o separación de cosas preexistentes*»³. Pero la separación o la mezcla de los elementos de la materia no puede realizarse sin la acción inicial del *intelecto*.

1 Frag. 12.

2 Frag. 12.

3 Frag. 17.

Anaxágoras coloca como elementos últimos de la realidad un cierto número de cualidades que denomina *χρήματα*, *cosas*. Son, a la vez, irreductibles entre sí y a nada más simple, en cuanto cualidades. Porque cuantitativamente son divisibles y se componen de elementos infinitamente pequeños llamados *σπέρματα*, *semillas*. También estas semillas son irreductibles entre sí, aunque cada una participa de la cualidad propia de sus respectivos (*chremata*). Las semillas se hallan presentes en cada objeto en número infinito.

Los *chremata* mientras se hallaban en estado de *spermata*, semillas, estaban mezclados y confundidos en una masa primordial y homogénea, *πάντα ὁμοῦ* *mezcla caótica*, inerte y sin orden. En este estado de caos originario, nada era visible, debido a su situación de mezcla absoluta, porque era tal su compenetración que todo estaba en todo.

Cuando el *nous* produce en una pequeña área de esta masa caótica un movimiento de rotación, que se extiende cada vez más y continúa actualmente en expansión, las semillas se separan unas de otras, reuniéndose después las que tienen la misma propiedad, formando partes discretas llamadas *μοῖραι*. Estas partes son los principios próximos de los cuerpos. Por último, las *moirai* se reúnen y mezclan entre sí en diferentes proporciones para dar lugar al mundo corpóreo. Pero esta mezcla de las *moirai* no se realiza al azar, pues en todo objeto material es preciso que estén representadas todas las cualidades, *chremata*, presentes en las correspondientes partes, *moirai*; en todo objeto así constituido predominan determinadas cualidades que son las que le confieren su naturaleza específica, porque «*cada cuerpo particular es y era más patentemente aquello de lo que contiene más*»⁴.

Es de advertir que tanto el número de cualidades, *chremata*, como el de partes, *moirai*, es limitado, sin que sea posible precisar dicho número de un modo exacto; en cambio, el número de semillas, *spermata*, es infinito, pues Anaxágoras cree que cualquier partícula puede ser dividida indefinidamente. La transmutación que se observa de unos cuer-

4 Frag. 12.

pos en otros se debe a la absorción de nuevas partes, que al unirse a las ya poseídas por los objetos, hacen variar la proporción de las *moirai*, imprimiendo su sello distintivo y dando lugar a la naturaleza particular de cada cuerpo.

La cosmogonía de Anaxágoras se resume toda ella en un inmenso torbellino que ha dado origen a un único universo, que en su estado primordial era una masa en que todo estaba mezclado y de la que el *nous* hizo surgir, introduciendo un centro de rotación, la multitud de los cuerpos del cosmos: sol, luna, tierra, estrellas, etc. Este centro inicial determinó otros centros parciales de rotación, como parecen indicar estas palabras del propio Anaxágoras: «*Esta es, por tanto, mi declaración sobre la separación: que no sólo debió tener lugar entre nosotros, sino también en otras partes*»⁵. Sin embargo, hay que confesar, que no nos consta con certeza que esta sea su opinión al respecto. Simplicio, que habla sobre el tema, no descarta tal posibilidad, pero añade que no existe certidumbre de que éste sea, en efecto, el pensamiento anaxagórico.

En suma: la imagen que Anaxágoras nos da del mundo, aunque conserva un eco lejano de las cosmogonías orientales, en las que el caos es sometido y organizado por los dioses, sin embargo, el principio anaxagórico generador del universo, no es un dios personal, sino un principio de orden racional: el *nous*. Pues si bien una «derecha» anaxagórica lo interpretó como Dios, no obstante cabe hablar de una «izquierda» que no lo entendió así. El *nous* de Anaxágoras está transido de racionalidad serena, como un principio físico más. No es extraño que el fanatismo de sus contemporáneos le procesara por impiedad y lo desterraran de Atenas. Su explicación del universo constituía una teoría verdaderamente revoluconaria para su época y su idea del *intelecto* una desmitificación de antiguos poderes divinos que quedan reducidos al nivel de un principio de simple mecánica, causa del movimiento y del orden.

5 Frag. 4.

El «nous» ordenador.

Otro hecho que se hace patente al hombre primitivo es la existencia de un orden en la naturaleza. Los pensadores griegos lo aceptan como un hecho que no se cuestiona, tratando únicamente de buscarle una explicación. Para los griegos el cosmos es siempre un universo ordenado. Pero al igual que el movimiento, el orden es considerado, no como un atributo de la materia, porque ésta es de por sí, caótica y confusa, y si existe armonía en la materia es porque le viene de fuera. Anaxágoras ve en el *nous* la fuente de todo orden. En su sistema, orden y movimiento son dos aspectos simultáneos e inseparables.

El *nous* pone en marcha el mecanismo productor del cosmos que resulta ser dinámico y ordenador. El impulso inicial dado por el *intelecto*, a partir de ese momento sigue su marcha automáticamente, de una manera mecánica, sin intervención directa del *nous* que vuelve a su reposo anterior. Pues a pesar de su afirmación de que el *intelecto* sigue ocupando todo el universo a modo de un océano invisible en el que se sumergen todas las cosas, en otros lugares insistirá que no está mezclado con ninguna de ellas.

El *nous* no necesita seguir actuando en el proceso de organización del universo, porque no se dan errores que haya que corregir. Una vez iniciado el proceso no admite desviaciones. La máquina puesta en marcha es inexorable. En el fondo de tal concepción está latente la persuasión de la necesidad de las leyes de la naturaleza. El *intelecto* no puede ser providente, y no puede serlo, porque no es personal. Pues aunque el sistema de Anaxágoras deja abierta la posibilidad de una nueva intervención del *nous* corrigiendo o anulando el proceso en marcha, de hecho esta posibilidad ni siquiera es contemplada. El fatalismo del pensamiento griego es una consecuencia de la atribución de leyes necesarias al universo. El universo es una máquina ante la que sólo caben dos posturas coherentes: la impassibilidad del estoico o la despreocupación del cínico. Se excluyen el temblor místico de los hebreos que todo acontecer lo atribuyen a la divinidad y la preocupación de otras religiones por aplacar a las divi-

nidades a quienes hacen responsables de la marcha del mundo y de los pueblos.

El *nous* recibe los calificativos de *infinito*, *autócrata*, *eterno*; mas estos atributos le son conferidos por razones de pura mecánica física. Es infinito, no porque sea ilimitado cuantitativamente, sino porque al permanecer sus elementos en forma de semillas infinitesimales que no se mezclan, de hecho resultan imposibles toda medida y limitación; es autócrata, es decir, se gobierna a sí mismo, porque está aislado de todo, al contrario que la materia, que para formar los cuerpos necesita del impulso del *nous*; es eterno, pero no es éste un atributo exclusivo del *nous*, ya que eternos son así mismo los elementos de la materia.

Por el contrario, la materia no puede ser sino mensurable, limitada e incapaz de gobernarse a sí misma, porque toda actividad y orden le vienen de fuera, del *intelecto*. Pero ¿cómo pudo el intelecto causar el orden y el movimiento permaneciendo en estado de reposo? Anaxágoras no esclarece este problema y es posible que no tuviera una idea clara de su solución. Lo que le preocupa es hallar una explicación de la armonía y de la actividad en el cosmos y para ello le bastaba suponer una fuente externa al mismo, puesto que una materia dotada de orden y de movimiento era sencillamente impensable.

En relación con este tema, Aristóteles observa con tanta ironía como acierto: «Para la producción del orden, Anaxágoras se sirve del intelecto como de un *deus ex machina*; cuando no sabe explicar por qué causa necesaria es esto, entonces hace aparecer en escena al intelecto, pero en el resto atribuye la responsabilidad de las producciones a todo antes que al intelecto»⁶.

Consecuencia del carácter activo y ordenador del *nous* es que conoce el devenir, desde el más remoto pasado hasta el más lejano futuro, pues «todo lo que estaba separado y dividido todo lo conocía el intelecto. Y tal como había de ser y como fue lo que ahora no es, todo lo ordenó el intelecto»⁷. Mas ¿cómo es y de qué está compuesto el *nous*? El *intelecto*

6 *Metafísica A*, 985a 18.

7 *Frag.* 12.

permanece siempre en estado de semillas, *spermata*, sin mezclarse entre sí ni con las demás cosas, siendo un todo homogéneo, porque «*el intelecto es todo igual, así en lo más grande como en lo más pequeño*»⁸, y por eso es invisible pues al no reunirse sus semillas no pueden formar partes.

Los seres vivos.

Un hecho de observación vulgar es la diferencia que existe entre los seres vivos: plantas, animales y hombres, que son semovientes, y los demás cuerpos que para moverse tienen que recibir su actividad de otros objetos. Anaxágoras nos dirá que «*existen algunos cuerpos en los que también hay nous*»⁹. Pero el *nous* no está mezclado con tales cuerpos, ya que su incomunicabilidad le incapacita para tal mezcla, sino que el *nous* está aprisionado en su interior. Su presencia es causa del movimiento y de toda actividad orgánica y mental.

Como el *intelecto* es homogéneo debe ser idéntico en las plantas, en los animales y en el hombre; las manifestaciones más inteligentes en el hombre que en los demás seres vivos, no depende de la naturaleza del *intelecto*, sino de la mayor perfección de su organismo. Esta es la razón por la que el *nous* se manifiesta con más esplendor en el hombre que en los animales, y en éstos, más que en las plantas. Curiosa es su teoría sobre la sensación, a través de la cual es captado el mundo externo. Contrariamente a lo que pensaba Empédocles, para quien la sensación proviene de lo semejante por lo semejante, Anaxágoras defiende que se origina del contacto de los opuestos por los opuestos. Porque lo semejante no puede afectar a lo semejante. En efecto, para percibir el calor, es preciso que, entre el que percibe y el objeto, exista una diferencia térmica, porque si el sujeto y el objeto están a la misma temperatura, no se nota el calor o el frío al aproximarse. Por eso la sensación tiene lugar cuando entre los sentidos y los objetos hay diferencia. Así lo dulce es percibido porque nuestro gusto es más amargo, y viceversa, porque si fueran igualmente dulce o amargos, no podría ser apreciado ni lo uno ni lo otro¹⁰.

8 Frag. 12.

9 Frag. 11.

10 Cf. Teofrasto, *De sensu* 27 ss. (Diels-Krantz, 59 A 92).

El origen de los seres vivos, incluido el hombre, es el mismo que el de los demás cuerpos, pues *«es preciso admitir que en todo lo que está reunido hay muchas y diversas cosas y que las semillas de todas las cosas tienen diversos aspectos, colores y sabores. Hay que admitir también que los hombres y todos los demás seres vivos que tienen nous se han conglomerado de la misma manera»*¹¹.

La existencia de hombres en otras partes del universo, parece ser supuesta por Anaxágoras cuando afirma que así como la *«separación no sólo debió tener lugar entre nosotros, sino también en otras partes»*, así también, la existencia de seres racionales en otros lugares del cosmos, parece obvia; *«estos hombres tienen ciudades habitadas y campos cultivados, como entre nosotros, y también tienen un sol y una luna y los demás [astros] como nosotros»*¹². Cuando el cuerpo muere, la parte de *intelecto* que contenía, vuelve a fundirse con el *nous* universal, del que era una pequeña porción.

Tal es la opinión de Anaxágoras sobre el *nous*. Su pensamiento quiere darnos una explicación racional del mundo físico. La introducción del *nous* en su sistema nada tiene que ver con un ser divino y personal como quieren algunos, sino que constituye el recurso obligado, dada su concepción dinámica y caótica de la materia, a un principio externo a la misma, que dé razón del orden y del movimiento del universo.

En su sistema podemos encontrar ya los elementos esenciales del mecanismo moderno y del deísmo filosófico del siglo XVIII, sólo que a diferencia de éste último, que recurría a un Dios personal para crear y ordenar el mundo que abandonaba a sus leyes una vez creado, el *nous* de Anaxágoras no es ni creador ni personal. Se trata solamente de un principio de orden físico, pero inteligente, distinto de la materia y eterno como ella, al que hace responsable de toda actividad y armonía en el universo.

JOSÉ LORENZO GONZÁLEZ

11 Frag. 4.

12 Frag. 4.